

nos seguian al tiempo del retraer; y tambien en el real de Pedro de Albarado les echó una celada, mas no tan buena como esta; y en aquel dia no me hallé yo en nuestro real con Pedro de Albarado por causa que Cortés me mandó que para la celada quedase con él. Dejemos desto, y digamos cómo estábamos ya en el Tatelulco, y Cortés nos mandó que pasásemos todas las capitánias á estar en él, é que allí velásemos, por causa que veniamos mas de media legua desde el real á batallar con los mejicanos; y estuvimos allí tres dias sin hacer cosa que de contar sea, porque nos mandó que no les entrásemos mas en la ciudad ni les derrocásemos mas casas, porque les queria tornar á requerir con las paces; y en aquellos dias que allí estuvimos en el Tatelulco envió Cortés á Guatemuz rogándole que se diese y no hubiese miedo, y con grandes ofrecimientos que le prometia que su persona seria muy acatada y honrada dél, y que mandaria á Méjico y á todas sus tierras y ciudades como solia; y les envió bastimentos y regalos, que eran tortillas y gallinas y cerezas y tunas y caza, é que no tenían otra cosa; y el Guatemuz entró en consejo con sus capitanes, y lo que le aconsejaron fué, que dijese que queria paz, é que aguardarian tres dias, é que al cabo de los tres dias se verian el Guatemuz y Cortés, y se darian los conciertos de las paces; y en aquellos tres dias tenían tiempo de aderezar puentes y abrir calzadas y adobar piedra y vara y flecha y hacer albarradas; y envió Guatemuz cuatro mejicanos principales con aquella respuesta; é creiamos que eran verdaderas las paces, y Cortés les mandó dar muy bien de comer y beber, y les tornó á enviar á Guatemuz, y con ellos les envió mas refresco como de antes; y el Guatemuz tornó á enviar á Cortés otros mensajeros, y con ellos dos mantas ricas, y dijeron que Guatemuz vernia para cuando estaba acordado; y por no gastar mas razones sobre el caso, él nunca quiso venir, porque le aconsejaron que no creyese á Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tío el gran Montezuma y sus parientes y la destrucción de todo el linaje noble de los mejicanos, é que dijese que estaba malo, é que saliesen todos de guerra, é que placiera á sus dioses, que les darian vitoria contra nosotros, pues tantas veces se la habia prometido. Pues como estábamos aguardando al Guatemuz y no venia, vimos luego la burla que de nosotros hacia; y en aquel instante salian tantos batallones de mejicanos con sus divisas, y dan á Cortés tanta guerra, que no se podia valer; y otro tanto fué por nuestra parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo; y era de tal manera, que parecia que entonces comenzaban de nuevo á batallar; y como estábamos algo descuidados, creyendo que estaban ya de paz, hirieron á muchos de nuestros soldados, y tres fueron heridos muy malamente, y el uno dellos murió, y mataron dos caballos y hirieron otros mas; é ellos no se fueron mucho alabando, que muy bien lo pagaron; y como esto vido Cortés, mandó que luego les tornásemos á dar guerra y les entrásemos en su ciudad á la parte donde se habian recogido; y cómo vieron que les íbamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz á decir á Cortés que queria hablar con él desde una gran abertura de agua, y habia de ser Cortés de la una parte y el Guatemuz de la otra, y señalaron el tiempo pa-

ra otro dia de mañana; y fué Cortés para hablar con él, y no quiso Guatemuz venir al puesto, sino envió á muchos principales, los cuales dijeron que su señor Guatemuz no osaba venir por temor que cuando estuviere hablando le tirarian escopetas y ballestas y le matarian; y entonces Cortés les prometió con juramento que no les enojaria en cosa ninguna, y no aprovechó, que no le creyeron. En aquella sazón dos principales de los que hablaban con Cortés sacaron de un fardalejo que traian tortillas é una pierna de gallina y cerezas, y sentáronse muy de espacio á comer, porque Cortés los viese y entendiese que no tenían hambre; y desde allí le envió á decir á Guatemuz, que pues no queria venir, que no se le daba nada y que presto les entraria en todas sus casas, y veria si tenia maíz, cuanto mas gallinas; y desta manera se estuvieron otros cuatro ó cinco dias que no les dábamos guerra; y en este instante se salian de noche muchos pobres indios que no tenían qué comer, y se venian al real de Cortés y al nuestro, como aburridos de hambre; y cuando aquello vió Cortés, mandó que en bueno ni en malo no les diésemos guerra, é que quizá se les mudaria la voluntad para venir de paz, y no venian; y en el real de Cortés estaba un soldado que decia él mismo que él habia estado en Italia en compañía del Gran Capitan, y se halló en la chirinola de Garayana y en otras grandes batallas, y decia muchas cosas de ingenios de la guerra, é que haria un trabuco en el Tatelulco, con que en dos dias que con él tirase á la parte y casas de la ciudad adonde el Guatemuz se habia retraido, que las haria que luego se diesen de paz; y tantas cosas dijo á Cortés sobre ello, que luego puso en obra hacer el trabuco, y trajeron piedra, cal y madera de la manera que él la demandó, y carpinteros y clavazon, y todo lo perteneciente para hacer el trabuco, é hicieron dos hondas de recias sogas, y trujeron grandes piedras, y mayores que botijas de arroba; é ya que estaba armado el trabuco segun y de la manera que el soldado dió la órden, y dijo que estaba bueno para tirar, y pusieron en la honda una piedra hechiza, lo que con ella se hizo es, que no pasó adelante del trabuco, porque fué por alto y luego cayó allí donde estaba armado; y desque aquello vió Cortés hubo mucho enojo del soldado que le dió la órden para que lo hiciese, y tenia pesar en sí mismo, porque él creido tenia que no era para en la guerra ni para en cosa de afrenta, y no era mas de hablar, que se habia hallado de la manera que he dicho; y segun el mismo soldado decia, que se decia Fulano de Sotelo, natural de Sevilla, y luego Cortés mandó deshacer el trabuco. Dejemos desto, y digamos que como vió que el trabuco era cosa de burla, acordó que con todos doce bergantines fuese en ellos Gonzalo de Sandoval por capitan general y entrase en el rincon de la ciudad adonde se habia retraido Guatemuz, el cual estaba en parte que no podian entrar en sus palacios y casas sino por el agua; y luego Sandoval apercibió á todos los capitanes de los bergantines; y lo que hizo diré adelante cómo y de qué manera pasó.

CAPITULO CLVI.

Cómo se prendió Guatemuz.

Pues como Cortés vido que el trabuco no aprovechó cosa ninguna, antes hubo enojo con el soldado que le aconsejó que lo hiciese, y viendo que no queria paces ningunas Guatemuz y sus capitanes, mandó á Gonzalo de Sandoval que entrase con los bergantines en el sitio y rincon de la ciudad adonde estaban retraidos el Guatemuz con toda la flor de sus capitanes y personas mas nobles que en Méjico habia, y le mandó que no matase ni hiriese á ningunos indios, salvo si no le diesen guerra, é que aunque se la diesen, que solamente se defendiese, y no les hiciesen otro mal, y que les derrocasse las casas y muchas barbancas que habian hecho en la laguna; y Cortés se subió luego en el cu mayor del Tatelulco para ver cómo entraba Sandoval con los bergantines, y les fueron acompañando Pedro de Albarado y Luis Marin, y Francisco de Lugo y otros soldados; y como el Sandoval entró con los bergantines en aquel paraje donde estaban las casas del Guatemuz, cuando se vió cercado el Guatemuz, tuvo temor no le prendiesen ó le matasen, y tenia aparejadas cincuenta grandes piraguas para si se viese en aprieto salvarse en ellas y meterse en unos carrizales, é ir desde allí á tierra, y esconderse en unos pueblos de sus amigos; y asimismo tenia mandado á los principales y gente de mas cuenta que allí en aquel rincon tenia, y á sus capitanes, que hiciesen lo mismo; y como vieron que les entraban en las casas, se embarcan en las canoas, é ya tenían metida su hacienda de oro y joyas y toda su familia, y se mete en ellas, y tira la laguna adelante, acompañado de muchos capitanes y principales; y como en aquel instante iba la laguna llena de canoas, y Sandoval luego tuvo noticia que Guatemuz con toda la gente principal se iba huyendo, mandó á los bergantines que dejasen de derrocar casas y siguiesen el alcance de las canoas, é que mirasen que tuviesen tino é ojo á qué parte iba el Guatemuz, y que no le ofendiesen ni le hiciesen enojo ninguno, sino que buenamente procurasen de le prender; y como un Garci-Holguin, que era capitan de un bergantin, amigo de Sandoval, y era muy gran velero su bergantin, y llevaba buenos remeros, le mandó que siguiese hácia la parte que le habian dicho que iba el Guatemuz y sus principales y las grandes piraguas, y le mandó que si le alcanzase, que no le hiciese mal ninguno mas de prendelle, y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban; é quiso Dios nuestro Señor que el Garci-Holguin alcanzó á las canoas é grandes piraguas en que iba el Guatemuz, y en el arte dél y de los toldos é piragua, y aderezo dél y de la canoa, le conoció el Holguin y supo que era el grande señor de Méjico, y dijo por señas que aguardasen, y no querian, y él hizo como que les queria tirar con las escopetas y ballestas, y hubo el Guatemuz miedo de ver aquello, y dijo: «No me tiren, que yo soy el rey de Méjico y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mujer ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me llesves á Ma-

linche.» Y como el Holguin le oyó, se gozó en gran manera y le abrazó, y le metió en el bergantin con mucho acato, á él, á su mujer y á veinte principales, que con él iban, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dió de lo que traia para comer, y á las canoas en que iba su hacienda no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantin; y en aquella sazón el Gonzalo de Sandoval se puso á una parte para ver los bergantines, y mandó que todos se recogiesen á él, y luego supo que Garci-Holguin habia prendido al Guatemuz, y que le llevaba á Cortés; y como el Sandoval lo supo, mandó á los remeros que llevaba en su bergantin que remasen á la mayor priesa que pudiesen, y cuando alcanzó á Holguin le dijo que le diese el prisionero, y el Holguin no se lo quiso dar, porque dijo que él lo habia prendido, y no el Sandoval; y el Sandoval dijo que así era verdad, y que él era general de los bergantines, y que el Holguin venia debajo de su dominio é mando, y que por ser su amigo se lo habia mandado, y tambien porque era su bergantin muy ligero, mas que los otros; é mandó que le siguiesen y le prendiesen, y que al Sandoval, como á su general, le habia de dar el prisionero; y el Holguin todavia porfiaba que no queria; y en aquel instante fué otro bergantin á gran priesa á Cortés á demandalle albricias, que, como dicho tengo, estaba muy cerca, en el Tatelulco, mirando desde el cu mayor cómo entraba el Sandoval; y entonces le contaron la diferencia que traia Sandoval con el Holguin sobre tomalle el prisionero; y cuando Cortés lo supo, luego despachó al capitan Luis Marin y á Francisco de Lugo para que luego hiciesen venir al Gonzalo de Sandoval y al Holguin, sin mas debatir, é que trajese al Guatemuz y á la mujer y familia con mucho acato, porque él determinaria cómo era el prisionero y á quién se habia de dar la honra dello; y entre tanto que le fueron á llamar, hizo aderezar Cortés un estrado lo mejor que pudo con petates y mantas y otros asientos, y mucha comida de lo que Cortés tenia para sí, y luego vino el Sandoval y Holguin con el Guatemuz, y le llevaron ante Cortés; y cuando se vió delante dél le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó, y le mostró mucho amor á él y á sus capitanes; y entonces el Guatemuz dijo á Cortés: «Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo mas; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cinta y márame luego con él.» Y esto cuando se lo decia lloraba muchas lágrimas con sollozos, y tambien lloraban otros grandes señores que consigo traia; y Cortés le respondió con doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, y dijo muy amorosamente que por haber sido tan valiente y haber vuelto y defendido su ciudad se lo tenia en mucho y tenia en mas á su persona, y que no es digno de culpa ninguna, é que antes se lo ha de tener á bien que á mal; é que lo que Cortés quisiera, fué que, cuando iban de vencida, que porque no hubiera mas destrucción ni muerte en sus mejicanos, que vinieran de paz y de su voluntad; é que pues ya es pasado lo uno y lo otro, y no hay remedio ni enmienda en ello, que descansa su corazon y de sus capitanes, é que

mandará á Méjico y á sus provincias como de antes lo solian hacer; y Guatemuz y sus capitanes dijeron que se lo tenían en merced; y Cortés preguntó por la mujer y por otras grandes señoras mujeres de otros capitanes, que le habían dicho que venían con Guatemuz; y el mismo Guatemuz respondió y dijo que había rogado á Gonzalo de Sandoval y á Garcí-Holguín que les dejase estar en las canoas en que estaban, hasta ver lo que el Malinche ordenaba; y luego Cortés envió por ellas, y les mandó dar de comer de lo que había lo mejor que pudo en aquella sazón; y luego, porque era tarde y quería llover, mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que se fuese á Cuyoacoan, y llevase consigo á Guatemuz y á su mujer y familia y á los principales que con él estaban; y luego mandó á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Olí que cada uno se fuese á sus estancias y reales, y luego nosotros nos fuimos á Tacuba, y Sandoval dejó á Guatemuz en poder de Cortés en Cuyoacoan, y se volvió á Tepeaquilla, que era su puesto y real. Prendióse Guatemuz y sus capitanes en 13 de agosto, á hora de vísperas, día de señor San Hipólito, año de 1521, gracias á nuestro Señor Jesucristo y á nuestra Señora la Virgen santa María, su bendita Madre, amen. Llovió y tronó y relampagueó aquella noche, y hasta media noche mucho mas que otras veces. Y como se hubo preso Guatemuz, quedamos tan sordos todos los soldados, como si de antes estuviéramos un puesto encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de las tañer; y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces é silbos, unos escuadrones mejicanos aperciendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en la calzada, é otros llamando las canoas que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en los puentes, y otros aperciendo á los que habían de hincar palizadas y abrir y ahondar las calzadas y aberturas y puentes, y en hacer albarradas, y otros en aderezar piedra y vara y flecha, y las mujeres en hacer piedra rolliza para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y casas malditas de aquellos malditos ídolos, los atambores y cornetas, y el atambor grande y otras bocinas dolorosas, que de continuo no dejaban de se tocar; y desta manera, de noche y de día no dejábamos de tener gran ruido, y tal, que no nos oíamos los unos á los otros; y después de preso el Guatemuz cesaron las voces y el ruido, y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en campanario. Dejemos desto, y digamos cómo Guatemuz era de muy gentil disposición, así de cuerpo como de faiciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecían que cuando miraba que eran con gravedad y halagüeños, y no había falta en ellos, y era de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años, y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esotros indios morenos, y decían que su mujer era sobrina de Montezuma, su tío, muy hermosa mujer y moza. Y antes que mas pasemos adelante, digamos en qué paró el pleito del Sandoval y del Garcí-Holguín sobre la prisión de Guatemuz; y es, que Cortés le dijo que los romanos tuvieron otra contienda de

la misma manera que esta, entre Mario y Lucio Cornelio Sila, y esto fué cuando Sila trajo preso á Yugurta, que estaba con su suegro el rey Ibócos; y cuando entraba en Roma triunfando de los hechos y hazañas heróicos, pareció ser que Sila metió en su triunfo á Yugurta con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dijo que no le había de meter Sila, sino él; é ya que le metía, que había de declarar que el Mario le dió aquella facultad y le envió por él para que en su nombre le llevase preso, y se le dió el rey Ibócos; pues que el Mario era capitán general y debajo de su mano y bandera militaban, y el Sila, como era de los patricios de Roma, tenía mucho favor; y como Mario era de una villa cerca de Roma, que se decía Arpino, y advenedizo, puesto que había sido siete veces cónsul, no tuvo el favor que el Sila, y sobre ello hubo las guerras civiles entre Mario y el Sila, y nunca se determinó á quién se había de dar la honra de la prisión de Yugurta. Volvamos á nuestro propósito, y es, que Cortés dijo que haría relación dello á su majestad, y á quien fuese servido de hacer merced se le daría por armas, que de Castilla traerian sobre ello la determinación; y desde á dos años vino mandado por su majestad que Cortés tuviese por armas en sus reposteros ciertos reyes, que fueron Montezuma, gran señor de Méjico; Cacamatzin, señor de Tezcuco, y los señores de Iztapalapa y de Cuyoacoan y Tacuba, y otro gran señor que decían que era pariente muy cercano del gran Montezuma, á quien decían que de derecho le venía el reino y señorío de Méjico, que era señor de Matalacingo y de otras provincias; y á este Guatemuz, sobre que fué este pleito. Dejemos desto, y digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas adonde se había retraído Guatemuz; y es verdad, y juro amen, que toda la laguna y casas y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba. Pues en las calles y en los mismos patios del Tatelulco no había otras cosas, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destrucción de Jerusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta yo no lo sé; porque faltaron en esta ciudad gran multitud de indios guerreros, y de todas las provincias y pueblos sujetos á Méjico que allí se habían acogido, todos los mas murieron; que, como he dicho, así el suelo y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedía tanto, que no había hombre que sufrirlo pudiese; y á esta causa, así como se prendió Guatemuz, cada uno de los capitanes se fueron á sus reales, como dicho tengo, y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró por las narices en aquellos días que estuvo allí en el Tatelulco. Dejemos desto, y pasemos adelante, y digamos cómo los soldados que andaban en los bergantines fueron los mejor librados é hubieron buen despojo, á causa que podían ir á ciertas casas que estaban en los barrios de la laguna, que sentían que habría oro, ropa y otras riquezas, y también lo iban á buscar á los carrizales, donde lo iban á esconder los indios mejicanos cuando les ganábamos algun barrio y casa; y también porque, so color que iban á dar caza á las canoas que metían bastimentos y agua, si

topaban algunas en que iban algunos principales huyendo á tierra firme para se ir entre ellos, otomites, que estaban comarcanos, les despojaban de lo que llevaban. Quiero decir que nosotros los soldados que militábamos en las calzadas y por tierra firme no podíamos haber provecho ninguno, sino muchos flechazos y lanzadas y heridas de vara y piedra, á causa que cuando íbamos ganando alguna casa ó casas, ya los moradores dellas habían salido y sacado toda la hacienda que tenían, y no podíamos ir por agua sin que primero cegásemos las aberturas y puentes; y á esta causa he dicho en el capítulo que dello habla, que cuando Cortés buscaba los marineros que habían de andar en los bergantines, que fueron mejor librados que no los que batallábamos por tierra; y así pareció claro, porque los capitanes mejicanos, y aun el Guatemuz, dijeron á Cortés, cuando les demanda el tesoro del gran Montezuma, que los que andaban en los bergantines habían robado mucha parte dello. Dejemos de hablar mas en esto hasta mas adelante, y digamos que, como había tanta hedentina en aquella ciudad, que Guatemuz le rogó á Cortés que diese licencia para que se saliese todo el poder de Méjico á aquellos pueblos comarcanos, y luego les mandó que así lo hiciesen. Digo que en tres días con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenos de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios é amarillos é hediondos, que era lástima de los ver; y después que la hubieron desembarazado, envió Cortés á ver la ciudad, y estaban, como dicho tengo, todas las casas llenas de indios muertos, y aun algunos pobres mejicanos entre ellos, que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba; y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas que habían comido cocidas: hasta las cortezas de los árboles también las habían comido. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. También quiero decir que no comían las carnes de sus mejicanos, sino eran de los enemigos tlascaltecas y las nuestras que apañaban; y no se ha hallado generación en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como esta. Dejemos de hablar en esto, y pasemos adelante: que mandó Cortés que todos los bergantines se juntasen en unas atarazanas que después se hicieron. Volvamos á nuestras pláticas: que después que se ganó esta grande y populosa ciudad, y tan nombrada en el universo, después de haber dado muchas gracias á nuestro Señor y á su bendita Madre, ofreciendo ciertas promesas á Dios nuestro Señor, Cortés mandó hacer un banquete en Cuyoacoan, en señal de alegrías de la haber ganado, y para ello tenían ya mucho vino de un navío que había venido al puerto de la Villa-Rica, y tenía puercos que le trujeron de Cuba; y para hacer la fiesta mandó convidar á todos los capitanes y soldados que le pareció que era bien tener cuenta con ellos en todos tres reales; y cuando fuimos al banquete no había mesas puestas, ni aun asientos para la tercia parte de los capitanes y soldados que fuimos, y hubo mucho desconcierto, y valiera mas que no se hiciera, por muchas cosas no muy

buenas que en él acaecieron, y también porque esta planta de Noé hizo á algunos hacer desatinos, y hombres hubo en él que, después de haber comido, anduvieron sobre las mesas, que no acertaban á salir al patio; otros decían que habían de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decían que todas las saetas que tuviesen en su aljaba que habían de ser de oro, de las partes que les habían de dar; y otros iban por las gradas abajo rodando. Pues ya que habían alzado las mesas, salieron á danzar las damas que había, con los galanes cargados con sus armas, que era para reír, y fueron las damas pocas, que no había otras en todos los reales ni en la Nueva-España; é dejó de nombrarlas por sus nombres é de referir cómo otro día hubo sátira; porque quiero decir que, como hubo cosas tan malas en el convite y en los bailes, el buen fraile fray Bartolomé de Olmedo lo murmuraba, é le dijo á Sandoval lo mal que le parecía, é que bien dábamos gracias á Dios para que nos ayudase adelante; é el Sandoval tan presto le dijo á Cortés lo que fray Bartolomé murmuraba é gruñía, y el Cortés, que era discreto, le mandó llamar é le dijo: «Padre, no excusaba solazar y alegrar los soldados con lo que vuestra reverencia ha visto é yo he hecho de mala gana; ahora resta que vuestra reverencia ordene una procesion, y que diga misa é nos predique, y diga á los soldados que no roben las lijas de los indios, y que no hurten ni riñan pendenias, é que hagan como católicos cristianos, para que Dios nos haga bien.» E fray Bartolomé se lo agradeció á Cortés; que no sabía lo que había dicho Albarado, y pensaba que salía del buen Cortés, su amigo; y el fraile lizo una procesion, en que íbamos con nuestras banderas levantadas y algunas cruces á trechos, y cantando las letanías, y á la postre una imágen de nuestra Señora; y otro día predicó fray Bartolomé, é comulgaron muchos en la misa después de Cortés y Albarado, é dimos gracias á Dios por la vitoria. Y dejemos de mas hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasaron que se me olvidaba, y aunque no vengan ahora dichas sino algo atrás, sin propósito; y es, que nuestros amigos Chichimecatecle y los dos mancebos Xicotengas, hijos de don Lorenzo de Vargas, que se solía llamar Xicotenga el viejo y ciego, guerrearon muy valientemente contra el poder de Méjico, y nos ayudaron muy esforzada y extremadamente de bien; y asimismo un hermano del señor de Tezcuco don Hernando, que se decía Suchel, que después se llamó don Carlos; este hizo cosas de muy esforzado y valiente varón; y otro capitán natural de una ciudad de la laguna, que no se me acuerda su propio nombre, también hacia maravillas, y otros muchos capitanes de pueblos que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente; y Cortés les habló y les dió muchas gracias y loores porque nos habían ayudado, con muchas buenas palabras y promesas de que el tiempo andando les daría tierras y vasallos y les haría grandes señores, y les despidió; y como estaban ricos de ropa de algodón y oro, y otras muchas cosas ricas de despojos, se fueron alegres á sus tierras, y aun llevaron hartas cargas de tasajos cecinados de indios mejicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos, la comieron por fies-

tas. Agora, que estoy fuera de los recios combates y batallas de los mejicanos, que con nosotros, y nosotros con ellos teniamos de noche y de dia, porque doy muchas gracias á Dios, que dellas me libró, quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció, y es, que después que vide abrir por los pechos y sacar los corazones y sacrificar á aquellos sesenta y dos soldados que dicho tengo que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones á los ídolos, y esto que agora diré, les parece á algunas personas que es por falta de no tener muy grande ánimo; y si bien lo consideran, es por el demasiado ánimo con que en aquellos dias habia de poner mi persona en lo mas recio de las batallas, porque en aquella sazón presumia de buen soldado y era tenido en esta reputación, y habia de hacer lo que mas osados y atrevidos soldados suelen hacer; y en aquella sazón yo habia delante de mis capitanes; y como de cada dia via llevar á nuestros compañeros á sacrificar, y habia visto, como dicho tengo, que les aserraban por los pechos y sacalles los corazones bullendo, y cortalles piés y brazos, y se los comieron á los sesenta y dos que dicho tengo, temia yo que un dia que otro habian de hacer de mí lo mismo, porque ya me habian llevado asido dos veces, y quiso Dios que me escapé; y acordóseme de aquellas muertes, y por esta causa desde entonces temí desta cruel muerte; y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía por delante una como grima y tristeza grandísima en el corazón; y encomendándome á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y entrar en las batallas, todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor; y tambien quiero decir que cosa tan nueva era agora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchos rencuentros muy peligrosos, ya habia de estar curtido el corazón y esfuerzo y ánimo en mi persona agora á la postre mas arraigado que nunca; porque, si bien lo sé contar y traer á la memoria, desde que vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdoba y con Grijalva, y volví con Cortés, y me hallé en lo de la Punta de Cotoche y en lo de Lázaro, que por otro nombre se dice Campeche, y en Potonchan y en la Florida, segun que mas largamente lo tengo escrito cuando vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdoba. Dejemos desto, y volvamos á hablar en lo de Grijalva y en la misma de Potonchan, y con Cortés en lo de Tabasco y la de Cingapacinga, y en todas las guerras y rencuentros de Tlascala y en lo de Cholula, y cuando desbaratamos á Narvaez me señalaron para que les fuésemos á tomar la artillería, que eran diez y ocho tiros que tenian cebados y cargados con sus pelotas de piedra, los cuales les tomamos, y este trance fué de mucho peligro; y me hallé en el primer desbarate cuando los mejicanos nos echaron de Méjico, ó por mejor decir, salimos huyendo cuando nos mataron en obra de ocho dias ochocientos y cincuenta soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula y sus alrededores, y en otros rencuentros que tuvimos con los mejicanos cuando estábamos en Tezcuco sobre coger las miélpas de maíz, y en lo de Iztapalapa cuando nos quisieron anegar, y me hallé cuando subimos en los peñoles, y ahora los llaman las fuerzas ó fortaleza que

ganó Cortés, y en lo de Suchimileco, é otros muchos rencuentros; y entré con Pedro de Albarado con los primeros á poner cerco á Méjico, y les quebramos el agua de Chalputepeque, y en la primera entrada que entramos en la calzada con el mismo Pedro de Albarado; y después desto, cuando desbarataron por la misma nuestra parte y llevaron seis soldados vivos, y á mí me llevaban, é ya se hacia cuenta que eran siete conmigo, segun me llevaban engarrafado á sacrificar; y me hallé en todas las demás batallas ya por mí memoradas, que cada dia y de noche teniamos, hasta que vi, como dicho tengo, las crueldades que dieron delante de mis ojos á aquellos sesenta y dos soldados nuestros compañeros; ya he dicho que agora que por mí habian pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo habia de temer como lo temia agora á la postre. Digan agora todos aquellos caballeros que desto del militar entienden, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á qué fin echarán mi temor, si es á mucha flaqueza de ánimo ó á mucho esfuerzo; porque, como he dicho, sentia yo en mi pensamiento que habia de poner por mi persona, batallando en parte que por fuerza habia de temer la muerte mas que otras veces, y por esto me temblaba el corazón y temia la muerte; y todas aquestas batallas que aquí he dicho donde me he hallado, verán en mi relacion en qué tiempo y cómo y cuándo y dónde y de qué manera otras muchas entradas y rencuentros tuvo Cortés y muchos de nuestros capitanes, sin estos que aquí tengo dichos que no me hallé yo en ellos, porque eran de cada dia tantos, que aunque fuera de hierro mi cuerpo, no lo pudiera sufrir, en especial que siempre andaba herido y pocas veces estaba sano, y á esta causa no podia ir á todas las entradas; pues aun no han sido nada los trabajos y peligros y rencuentros de muerte que de mi persona he recontado, que después que ganamos esta fuerte y gran ciudad pasé otros muchos, como adelante verán cuando venga á coyuntura. Y dejemos ya, y diré y declararé por qué he dicho en todas estas guerras mejicanas cuando nos mataron nuestros compañeros, digo lleváronlos, y no digo matáronlos, y la causa es esta: porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar luego á los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas porque no se defendiesen, y vivos los llevaban á sacrificar á sus ídolos, y aun primero les hacian bailar delante de Huichilóobos, que era su ídolo de la guerra; y esta es la causa por que he dicho los llevaron. Y dejemos esta materia, y digamos lo que Cortés hizo después de ganado Méjico.

CAPITULO CLVII.

Cómo mandó Cortés adobar los caños de Chalputepeque, é otras muchas cosas.

La primera cosa que mandó Cortés á Guatemuz fué que adobasen los caños del agua de Chalputepeque, segun y de la manera que solian estar antes de la guerra, é que luego fuese el agua por sus caños á entrar en aquella ciudad de Méjico; é que luego con mucha diligencia limpiasen todas las calles de Méjico de todas aquellas cabezas y cuerpos de muertos, que todas las

enterrasen, para que quedasen limpias y sin que hubiese hedor ninguno en toda aquella ciudad; y que todas las calzadas y puentes que las tuviesen tan bien aderezadas como de antes estaban, y que los palacios y casas que las hiciesen nuevamente, y que dentro de dos meses se volviesen á vivir en ellas; y luego les señaló Cortés en qué parte habian de poblar, y la parte que habian de dejar desembarazada para en que poblásemos nosotros. Dejémonos agora destos mandados y de otros que ya no me acuerdo, y digamos cómo el Guatemuz y todos sus capitanes dijeron á nuestro capitán Cortés que muchos capitanes y soldados que andaban en los bergantines, y de los que andábamos en las calzadas batallando, les habiamos tomado muchas hijas y mujeres de algunos principales; que le pedian por merced que se las hiciese volver; y Cortés les respondió que serian muy malas de las haber de poder de los compañeros que las tenian, y puso alguna dificultad en ello; pero que las buscasen y trajesen ante él, é que veria si eran cristianas ó si querian volver á casa de sus padres y de sus maridos, y que luego se las mandaria dar; y dióles licencia para que las buscasen en todos tres reales, é un mandamiento para que el soldado que las tuviese luego se las diese si las indias se querian volver de buena voluntad con ellos; y andaban muchos principales en busca dellas de casa en casa, y eran tan solícitos, que las hallaron, y las mas dellas no quisieron ir con sus padres ni madres ni maridos, sino estarse con los soldados con quien estaban, y otras se escondian, y otras decian que no querian volver á idolatrar, y aun algunas dellas estaban ya preñadas; y desta manera, no llevaron sino tres, que Cortés mandó expresamente que las diesen. Dejemos desto, y digamos que luego mandó hacer unas atarazanas y fortaleza en que estuviesen los bergantines, y nombró alcaide que estuviese en ellas, y paréceme que fué á Pedro de Albarado, hasta que vino de Castilla un Salazar que se decia de la Pedrada. Digamos de otra materia: cómo se recogió todo el oro y plata y joyas que se hubieron en Méjico, é fué muy poco, segun pareció, porque todo lo demás hubo fama que lo mandó echar Guatemuz en la laguna cuatro dias antes que se prendiese; é que demás desto, que lo habian robado los tlascaltecas y los de Tezcuco y Guaxocingo y Cholula, y todos los demás de nuestros amigos que estaban en la guerra; y demás desto, que los que andaban en los bergantines robaron su parte; por manera que los oficiales del Rey decian y publicaban que Guatemuz lo tenia escondido, y Cortés holgaba dello de que no lo diese, por habello él todo para sí; y por estas causas acordaron de dar tormento á Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo y gran privado; y ciertamente le pesó mucho á Cortés, porque á un señor como Guatemuz, rey de tal tierra, que es tres veces mas que Castilla, le atormentasen por codicia del oro, que ya habian hecho pesquisas sobre ello, y todos los mayordomos de Guatemuz decian que no habia mas de lo que los oficiales del Rey tenian en su poder, y eran hasta trecientos y ochenta mil pesos de oro, porque ya lo habian fundido y hecho barras; y de allí se sacó el real quinto, é otro quinto para Cortés; y como los conquistadores que no estaban bien con Cortés vie-

ron tan poco oro, y al tesorero Julian de Alderete le decian algunos dellos que tenian sospecha que por quedarse Cortés con el oro no queria que prendiesen al Guatemuz ni le diesen tormento; y porque no le achacasen algo á Cortés, y no lo podia excusar, consintió que le diesen tormento á Guatemuz, como al señor de Tacuba; y lo que confesaron fué, que cuatro dias antes que le prendiesen lo echaron en la laguna, así el oro como los tiros y escopetas y ballestas, y otras muchas cosas de guerra que de nosotros tenian de cuando nos echaron de Méjico y cuando desbarataron agora á la postre á Cortés; y fueron adonde Guatemuz habia señalado, y entraron buenos nadadores y no hallaron cosa ninguna; y lo que yo vi, que fuimos con el Guatemuz á las casas donde solia vivir, y estaba una como alberca grande de agua honda, y de aquella alberca sacamos un sol de oro como el que nos hubo dado el gran Montezuma, y muchas joyas y piezas de poco valor, que eran del mismo Guatemuz; y el señor de Tacuba dijo que él tenia en unas casas suyas grandes, que estaban de Tacuba obra de cuatro leguas, ciertas cosas de oro, é que le llevasen allá é que diria dónde estaba soterrado y lo daria; y fué Pedro de Albarado y seis soldados con él, é yo fui en su compañía; y cuando llegamos dijo que por morirse en el camino habia dicho aquello, é que le matasen, que no tenia oro ni joyas ningunas; y así, nos volvimos sin ello, y así se quedó, que no hubimos mas oro que fundir; verdad es que la recámara del Montezuma, que después poseyó el Guatemuz, no se habia llegado á muchas joyas y piezas de oro, que todo ello tomó para que con ello sirviésemos á su majestad; y porque habia muchas joyas de diversas hechuras y primas labores, y si me parase á escribir cada cosa y hechura dello por sí, seria y es gran prolijidad, lo dejaré de decir en esta relacion; mas dijeron allí muchas personas, é yo digo de verdad, que valia dos veces mas que la que habia sacado para repartir el real quinto de su majestad; todo lo cual enviamos al Emperador nuestro señor con Alonso de Avila, que en aquel tiempo vino de la isla de Santo Domingo, y con Antonio de Quiñones; lo cual diré adelante cómo y dónde, en qué manera y cuándo fueron. Y dejemos de hablar dello, y volvamos á decir que en la laguna, donde decia Guatemuz que habia echado el oro, entré yo y otros soldados á zabullidas, y siempre sacábamos pecezuelos de poco precio, lo cual luego nos lo demandó Cortés y el tesorero Julian de Alderete; y ellos mismos fueron con nosotros adonde lo habiamos sacado, y llevaron consigo buenos nadadores, y sacaron obra de noventa ó cien pesos de sartalejos de cuentas y ánades y perillos y pinjantes y collarejos y otras cosas de nonada, que así se puede decir, segun habia la fama en la laguna del oro que de antes habia echado. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo todos los capitanes y soldados estábamos algo pensativos de ver el poco oro que parecia y las partecillas que dello nos daban; y el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, y Alonso de Avila, que entonces habia vuelto de la isla de Santo Domingo de cuando le enviaron por procurador, y Pedro de Albarado y otros caballeros y capitanes dijeron á Cortés que, pues que habia poco oro, que las